

LA VIDA CULTURAL DE SEVILLA DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA: EL DRAMA DE LOS AFRANCESADOS¹

Por *ROGELIO REYES CANO*

Para entender cómo era el ambiente cultural de Sevilla durante la dominación francesa hay que situarse en el contexto general del movimiento ilustrado, puesto que los hombres que protagonizan ese ambiente fueron personas formadas en la segunda mitad del siglo XVIII. La Ilustración fue un movimiento de amplitud europea que encaró el fenómeno de la cultura con dos instrumentos metodológicos muy precisos : el criticismo y la erudición.

El criticismo puede ser definido como el afán de someter a revisión los saberes heredados. El XVIII fue un siglo revisionista por excelencia. Los enciclopedistas franceses llevaron a cabo una reinterpretación de esos saberes a la luz de la razón, metafóricamente designada como *luz*, símbolo de la sabiduría, de ahí el nombre del gran movimiento cultural en las diferentes lenguas

1. He querido que esta conferencia, que en su día no fue leída sino pronunciada como lección con un tono coloquial y divulgativo, sin más pretensiones eruditas, conserve ahora, al darle forma escrita, ese mismo carácter que entonces tuvo. De ahí la escasez de notas a pie de página y de referencias histórico-culturales, reducidas a las estrictamente indispensables para la comprensión general del tema. Si el lector tiene interés en conocer más detalles sobre las vicisitudes de estos intelectuales sevillanos que vivieron y en buena medida padecieron las secuelas de la Guerra de la Independencia en nuestra ciudad, puede consultar mi edición *Minerva Sevillana. El grupo poético de los siglos XVIII y XIX*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2008.

europas (*Ilustración, Aufklärung, Iluminismo...*), portadores todos de esa misma raíz alusiva a la luz esclarecedora del pensamiento racional. Ya formuló esa idea el filósofo alemán Leibniz cuando afirmó: “Nada más útil para conseguir la felicidad que la luz del intelecto, así como ejercitar la voluntad en actuar siempre según el intelecto”. Propugnaba así, junto al peculiar utilitarismo ilustrado, el predominio de la razón como pauta de la conducta del hombre y la creencia en un ideal de felicidad que no se esperaba ya de las creencias religiosas sino de ese mismo comportamiento racional. También lo proclamó así Emmanuel Kant con su famosa expresión *¡Sapere aude!* (¡Atrévete a pensar!), signo de superación de la minoría de edad de la especie humana. Una suerte de optimismo de la razón del que se han derivado muchos frutos para el progreso de la Humanidad, pero que, llevado a sus últimas consecuencias, también ha generado lamentables utopismos ideológicos y políticos que Occidente ha pagado muy caros, entre ellos los dos grandes totalitarismos del siglo XX, tristes ejemplos de que la fe desmedida en la eficacia de la razón como única garantía de progreso difícilmente se puede ya defender hoy, y de que el hombre tiene también necesidad de otros anclajes trascendentes que lo proyecten más allá de sí mismo.

El otro gran instrumento intelectual del mundo ilustrado fue la erudición, entendida ésta como el deseo de acumular información útil con un criterio que se aproximaba al positivismo decimonónico. El *erudito* se convirtió en una figura arquetípica de la vida cultural del XVIII, al igual que en el plano moral lo sería el *honnête homme* u *hombre de bien*, encarnación del ideal filosófico del *justo medio*, que tan lúcidamente formuló el gaditano José Cadalso en sus *Cartas Marruecas*.

La aplicación de ambos instrumentos metodológicos – el revisionismo crítico como sistema epistemológico y la erudición como garantía del conocimiento de la realidad- generó en la Europa del siglo XVIII nuevos sistemas de pensamiento : el racionalismo filosófico y el empirismo como fuentes de la “ciencia nueva” ; nuevos sistemas políticos basados en los principios de soberanía popular y división de poderes ; y un cuerpo de creencias cívicas y morales sustitutivas de la mentalidad del Barroco que estaban en el origen de la Revolución Francesa y natural-

mente en los planes de Napoleón en sus propósitos de apoderarse de España-

Ajustándonos al enunciado de esta conferencia, la pregunta a la que procede contestar es la siguiente : ¿en qué medida y de qué manera ese nuevo espíritu ilustrado se dejó sentir en la Sevilla de la época y cómo cristalizó en los hombres intelectualmente más inquietos que ocupaban puestos de responsabilidad cultural cuando el ejército napoleónico deja ver sus verdaderas intenciones de adueñarse de nuestro país y de rechazo – no lo olvidemos- de su todavía muy poderoso imperio ultramarino? ¿Cómo era culturalmente la Sevilla de comienzos del siglo XIX? ¿Quiénes dirigían y protagonizaban las iniciativas más valiosas y las instituciones más dinámicas? ¿ Qué significó en la vida literaria e intelectual de la ciudad un acontecimiento político y militar de tanta importancia como la guerra contra los franceses, en la que Sevilla, como cabeza política de Andalucía, sede de la Junta Central y base de las operaciones militares, tuvo un papel tan destacado ? Intentaré dar respuesta de modo sucinto a estas interrogantes para completar el cuadro histórico, social y artístico que otros compañeros de nuestra Academia de Buenas Letras les vienen ofreciendo a ustedes en este mismo ciclo de conferencias.

La mayor parte de los personajes sevillanos culturalmente más destacados vivirían en aquella coyuntura histórica una aguda crisis de conciencia. Siendo clérigos en su mayoría, hubieron de enfrentarse en no pocas ocasiones a los dictados de la jerarquía eclesiástica, y siendo ideológicamente afrancesados, hubieron de vivir la paradoja de que fuesen precisamente los franceses quienes pusieran en peligro la patria. Pero veamos cuál era el panorama cultural de aquella Sevilla.

En la segunda mitad del XVIII Sevilla había perdido ya, desde bastante tiempo atrás, aquel antiguo esplendor comercial y mercantil del Siglo de Oro, una vez que Cádiz se había convertido en el centro de las operaciones con América. Rodeada de murallas y de grandes puertas, atravesada por un río a la vez amoroso y hostil que provocaba calamitosas inundaciones, era una ciudad menos cosmopolita de lo que lo había sido antaño, más concentrada en sí misma. En el Censo de Floridablanca de 1786 figuraba con algo más de 70.000 habitantes, cuando en 1600 había

llegado a tener hasta 150.000. La población vivía en su mayor parte en corrales y casas de vecindad. Se mantenía el poder de la nobleza, por lo general sedentaria y vinculada a la propiedad rural, que compartía en buena medida con la Iglesia. La agricultura era, pues, poco rentable, con tierras yermas o escasamente productivas por las anticuadas técnicas de cultivo, y la industria escasa: el tabaco, los textiles y algunos productos más que mantenían difícilmente a una clase menestral de poca entidad. Abundaban los mendigos, y eran endémicos los problemas de salubridad pública y las consiguientes enfermedades. Con un estamento clerical muy amplio y una gran abundancia de templos y conventos arracimados en el laberíntico trazado de su casco histórico, el peso del poder eclesiástico, con un Cabildo catedralicio muy potente y un gran predicamento de las órdenes religiosas, se dejaba sentir todavía en una medida superior al de otras ciudades españolas de aquel tiempo que no habían gozado del desarrollo de los Austrias.

Sin embargo, en el orden cultural la ciudad conservaba todavía algunas instituciones como consecuencia de su viejo esplendor, cuando había sido definida por artistas y literatos como la "Atenas española", la "Nueva Roma" o la "Babilonia de España" y fue cuna de grandes poetas, humanistas y pintores como Fernando de Herrera, Arguijo, Rioja, Pacheco, Velázquez, Murillo... Entre esas instituciones de la Sevilla dieciochesca destacaba la Universidad, muy apegada todavía a los métodos de la Escolástica y controlada por el poder religioso. Por ello el fermento más innovador de la vida universitaria local en la segunda mitad del XVIII hay que atribuirlo a la figura de Pablo de Olavide, el político e intelectual de origen peruano que fue Asistente de Sevilla y por lo tanto la más alta autoridad política de Andalucía. Su nombramiento para ese cargo tuvo lugar en 1767, el año de la expulsión de la Compañía de Jesús, que en Sevilla dejó, al desaparecer, nada menos que seis colegios vacíos, prueba evidente de la fuerte implantación de que disfrutaba en la ciudad.

Entre 1767 y 1775 la actividad de Olavide en la ciudad fue incesante: la dividió en "cuarteles" (barrios) y en manzanas; mandó trazar el famoso plano de 1771; embelleció las márgenes del río; atendió al saneamiento público, a la limpieza y al alumbrado;

fomentó y protegió el teatro... ; y llevó a cabo una reforma universitaria que al final fue truncada pero que sembró inquietudes que a fines del XVIII y principios del XIX darían sus frutos en la generación intelectual que vivió la Guerra de la Independencia : la de Manuel María de Arjona, Manuel María del Mármol, Alberto Lista, José Blanco White, Félix José Reinoso... y otros muchos.

El Plan de Olavide para la reforma de la Universidad, fechado en 1768, tuvo mucho de lucha intelectual y social. Se trataba, entre otros objetivos, de quitar el control de la Universidad a los colegiales de Santa María de Jesús y dárselo a los llamados “manteístas”, alumnos de menor rango social ; de eliminar de la enseñanza el escolasticismo como sistema de estudios, potenciando la “ciencia nueva” de origen racionalista y empirista ; de apartar a los frailes o “regulares” de la enseñanza, dotando las cátedras con personas nuevas, tanto seglares como clérigos de orientación secular...

De ahí el traslado de la Universidad de su sede de Santa María de Jesús, en la actual Puerta de Jerez, a la antigua Casa Profesa de los jesuitas de la calle Laraña, en una solemne procesión cívica que tuvo lugar el 31 de diciembre de 1771. Y también el cambio de nombre : de “Colegio de Santa María de Jesús” pasó a denominarse “ Universidad Literaria Hispalense”, y en su escudo figuraba la siguiente leyenda : “ Sigylum Regiae Universitatis Literariae Hispalensis”. El término “Literaria”, que se ha mantenido hasta nuestros días, respondía al sentido humanístico originario de la voz “litteras” como sinónimo de “saberes escritos”, más allá de la moderna distinción entre “ciencias” y “letras”, que entonces no se daba en los planes de estudios.

La resistencia de los frailes, sobre todo de los dominicos, que habían regentado el colegio de Santo Tomás (en los alrededores del Archivo de Indias) , fue muy fuerte, y Olavide, caído en desgracia, fue procesado por la Inquisición y su reforma universitaria paralizada. Pero, como antes hemos dicho, sembró inquietudes y pautas metodológicas que florecerían más tarde.

Otra importante institución cultural de la Sevilla de finales del XVIII fue la Sociedad Económica de Amigos del País, primero llamada Real Sociedad Patriótica, que el propio Olavide fun-

dó en 1777. Tuvo su origen en la famosa tertulia que el Asistente celebraba en sus aposentos del Alcázar, a la que asistieron, entre otras figuras eminentes, los fiscales Jovellanos y Bruna, el marino Antonio de Ulloa, el clérigo, científico y escritor Cándido María Trigueros, el jurista Forner... Fue la versión sevillana de otras muchas Sociedades de Amigos del País que proliferaron en España con una función anticipadora de lo que serían los Ateneos del siglo XIX.V Era la aplicación del ideal ilustrado de utilidad pública y del fomento de la industria popular. Su orientación fue práctica y utilitaria : se ocupó de instruir a la gente del pueblo en el aprendizaje de las técnicas propias de la agricultura, el comercio, la navegación..., en una labor pedagógica y de formación de las capas populares por iniciativa de próceres ilustrados como el conde del Águila, más tarde asesinado por las turbas, el marqués de Floridablanca y otros integrantes de la nobleza sevillana simpatizantes con los ideales cívicos de las Ilustración. Creó cátedras de Matemáticas, regentada por el profesor francés Pierre Henry, más tarde inicuaamente perseguido y vejado ; de Humanidades ; de Historia Literaria... Allí enseñaron Mármol, Lista, Blanco White..., todo el núcleo de la intelectualidad sevillana del momento. La labor de la Económica fue ciertamente extraordinaria, y a ella debe Sevilla en muy buena parte los mejores frutos industriales, comerciales, técnicos y culturales que la ciudad, aun en medio de su atonía económica, cosechó en las últimas décadas del XVIII y primeros años del XIX.

En aquella Sevilla había también una gran tradición académica, producto de las Academias del Siglo de Oro (las de Mal Lara, Pacheco, Herrera, Murillo y otras) , que en verdad habían sido tertulias de doctos de carácter muy libre y no reglado. Los Borbones, a imitación de Francia, otorgarán a las nuevas academias españolas un status jurídico que aquéllas del pasado no tuvieron, las oficializan y las protegen, las convierten en academias de investigación y le atribuyen una función normativa – de ahí el lema de la Real Academia Española, fundada en 1813 : “Limpia, fija y da esplendor”. Marcarán, por consiguiente, nuevas pautas culturales en pugna muchas veces con las universidades, más rígidas y controladas por sectores más conservadores. Por ello las nuevas academias fueron en su origen una punta de lanza de la

modernidad del pensamiento ilustrado, instituciones auténticamente progresistas en la defensa y divulgación de los nuevos saberes científicos.

En Sevilla la primera academia que surgió fue la de Medicina, fundada en 1700, que gozó de gran prestigio en la época, y algo más tarde, en 1751, la de Buenas Letras. En esta última se forjó en buena medida la reforma universitaria de Olavide a través de José Cevallos, uno de sus fundadores, auténtico cerebro del famoso *Plan* del Asistente.

Pero hubo una tercera academia, ésta de carácter privado, de mucha trascendencia en la vida cultural y literaria de la ciudad, pues en ella se forjaron casi todos los grandes intelectuales implicados en la Sevilla de la Guerra de la Independencia. Era la llamada Academia Particular de Letras Humanas, fundada en 1793, auspiciada por Manuel María de Arjona en las dependencias del colegio de Santa María de Jesús. En ella participaron activamente Blanco, Lista, Mármol, Reinoso y otros destacados escritores de la Sevilla de entresiglos. Como cuenta Blanco White en su *Autobiografía*,

“... las habitaciones de Arjona se convirtieron en nuestro lugar favorito y de frecuentes reuniones de diversión literaria (porque verdadero placer y diversión eran para nosotros aquellos estudios, especialmente si los comparábamos con los que teníamos que seguir en la Universidad) nos sugirieron la idea de organizar una Academia particular para el cultivo de la elocuencia y la poesía. Para ello invitamos a una docena de nuestros compañeros, y Arjona fue elegido presidente, cargo que ocupó muy poco tiempo, dada su dificultad de acudir a nuestras reuniones. Éstas se celebraban todos los domingos en casa de aquellos de sus miembros que podían facilitar una habitación bastante amplia sin causar inconvenientes a la familia. Según las reglas, estábamos obligados a leer un determinado número de disertaciones durante el año, y además había un curso de lecciones sobre poesía y elocuencia a cargo de miembros especialmente designados por la Academia. En estas lecciones se usaban notas manuscritas . Reinoso, Lista y yo fuimos los únicos encargados de dar estas conferencias durante los cuatro o cin-

co años que duró la Academia. Al final de aquel período tuvimos una reunión pública con gran asistencia de público, que se celebró en el salón de conferencias del Colegio Mayor, poco antes de ser yo elegido colegial. Arjona, que seguía siendo residente del Colegio y había vuelto a ser presidente de la Academia, ocupó la cátedra aquel día”²

Estos jóvenes animados por Arjona hicieron muchas cosas. Fueron los impulsores de la llamada Escuela Poética Sevillana de los siglos XVIII y XIX y del *Correo de Sevilla*, un periódico de muchísimo interés. A ella estuvieron ligados, como hemos dicho, las grandes figuras de la intelectualidad sevillana que hubieron de enfrentarse a la gran crisis política que supuso la invasión napoleónica y el consiguiente conflicto bélico. En su mayor parte eran miembros de la alta clerecía, formados en el ideario ilustrado y con una orientación ideológico-política de signo liberal ; con una afán, además, de servir con utilidad a la sociedad sevillana. ¿Cómo respondieron a ese momento de crisis? Con actitudes diferentes. Algunos, como Lista y Reinoso, se implicaron en mayor o menor medida en sus servicios a las nuevas autoridades francesas. Otros, como Blanco White, optaron en principio por la causa patriótica y, al descubrir que tras ella podría también encubrirse una resistencia frente a la opción liberal, se marcharon al exilio. Y algunos, como Mármol, permanecieron por circunstancias particulares ajenos a cualquier toma de postura declarada. Pero todos ellos, en mayor o menor medida, vivieron en una difícil encrucijada, intentando conciliar, casi siempre sin lograrlo del todo, su afrancesamiento cultural y hasta político (en su fuero interno esperaban que Napoleón pudiera poner coto al desgobierno de la España de Carlos IV) con su amor a la independencia de la patria. Y terminaron con frecuencia siendo víctimas de un acontecimiento histórico que los desbordó y que en ocasiones les hizo sufrir toda suerte de vejámenes. Voy a recordar muy brevemente, sólo a modo de ejemplo y sin ánimo de exhaustividad, las peripecias de algunos de ellos tras el 2 de mayo de 1808.

2. J. Blanco White, *Autobiografía*, ed. de A. Garnica, Universidad de Sevilla, 1975, pp. 40-41-

– MANUEL MARÍA DE ARJONA

Natural de Osuna y hermano de José Manuel, quien más tarde llegaría a ser Asistente de Sevilla e impulsor de grandes reformas urbanas, era un hombre intelectualmente muy dotado que cursó la carrera sacerdotal y llegó a ser canónigo en Córdoba. Fue un personaje con gran capacidad de magisterio, que supo atraer y dirigir a los estudiantes más aventajados e inquietos. También desplegó una incesante actividad académica. Fundó la Academia Horaciana, y en sus dependencias del colegio de Santa María de Jesús alentó a esos entonces jóvenes universitarios sevillanos (Lista, Blanco, Reinoso, Vácquer...) despertando en ellos el interés por la literatura e incluso tranquilizando sus conciencias por la lectura de libros prohibidos por la Iglesia. Allí estuvo el germen de la Academia Particular de Letras Humanas, de la que ya hemos hablado.

Arjona profesaba en secreto ideas afines al jansenismo, doctrina entonces muy en boga en Europa que defendía, entre otras creencias, la exclusividad de la gracia divina para hacer el bien, y aguzaba las críticas al estado de la Iglesia oficial. Formó parte de la Escuela de Cristo, congregación de extremado rigor penitencial ubicada en la actual parroquia de Santa Cruz. Y fue autor de una producción poética de la que no voy a hablar ahora. Me interesan más, en esta ocasión, sus vicisitudes en relación con la Guerra de la Independencia, que le sorprendió en Córdoba. Vivió el saqueo de la ciudad por los franceses, la victoria de Bailén (a la que dedicaría una oda que después le ocasionaría problemas) y la entrada de José I en la ciudad en enero de 1810. Colaboró con los franceses sobre todo en la organización del sistema hospitalario. Una vez liberada Córdoba por el ejército español, cayó sobre él, como sobre otros muchos intelectuales de la época, el estigma de *afrancesado*. Escapa de la ciudad, es detenido en Écija, encarcelado y sometido a un largo proceso. Vuelve, ya muy mermado en su salud, a su puesto catedralicio, y muere en 1820 en Madrid, adonde se había desplazado buscando la protección de Fernando VII por mediación de su hermano José Manuel. Yo diría que su afrancesamiento fue más de signo cultural que político, pero en cualquier caso fue sacudido, como los demás ilustrados-románticos sevillanos, por el viento de la coyuntura histórica que le tocó vivir.

– MANUEL MARÍA DEL MÁRMOL

Fue un caso diferente. Mármol llegó a ser una figura angular en la Sevilla decimonónica por muchos motivos que sus paisanos apenas conocen : por su carrera clerical ; por su enorme curiosidad intelectual y la variedad de sus saberes (tenía una gran formación filosófica y teológica pero era también catedrático de Ciencias, y llegó a escribir un tratado sobre los barcos de vapor y hasta un método de taquigrafía); fue Rector de la Universidad, preocupado por la reforma de sus planes de estudios, refundador y Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras . Ejerció, siendo todavía alumno, un gran ascendiente moral e intelectual sobre otros jóvenes estudiantes, tal como reconoce el propio Blanco White en sus *Cartas de España* :

“...como muchos de mis compatriotas, hubiera terminado mis estudios sin sospechar siquiera la existencia de la literatura de no haber sido por mi amistad con un joven [Mármol] mucho más veterano que yo en la Universidad y que por su propia industria, sin ayuda alguna, había conseguido algunos progresos en el estudio e imitación de los clásicos . A él debo mis primeros conocimientos de la poesía española y los primeros intentos de escribir en mi propia lengua”³

Y en su *Autobiografía* :

“ [Mármol] era un joven sobrio y capaz, cuatro o cinco años mayor que yo, persona amante y comunicativa. Su deseo de saber era grande y así lo ha seguido siendo a lo largo de toda su vida. Puede decirse con toda verdad que su única ambición fue la de mejorar el plan de estudios de la Universidad de Sevilla. Se alegraba de cualquier oportunidad de comunicar lo que sabía. Sin pensar ni remotamente en una retribución material, se convirtió en mi mentor particular. Más tarde y durante

3. J. Blanco White, *Cartas de España*, ed. de A. Garnica, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2004, pp. 90-91.

muchos años también lo sería de mi hermano, diez años más joven que yo, y hasta el momento presente he seguido siendo su gran amigo. Mármol me enseñó Geografía, y el uso de las esferas, y también me dio a conocer a los poetas españoles y puso en mis manos el *Organum* de Bacon, libro que sólo él conocía en toda Sevilla”⁴

Mármol era un liberal combativo y un intelectual de vanguardia, aunque, al contrario de lo que sucedió con Blanco White, no llegara a desligarse nunca de su fe católica:

“ Mármol –escribió Alberto Lista- era filósofo, pero filósofo cristiano, y estaba convencido de la obligación de consagrar su inteligencia, sus trabajos y su vida al bien de los demás hombres [...] Era cristiano [...] pero cristiano sin superstición ni fanatismo así como fue filósofo sin orgullo ni credulidad [...] Supo conocer, respetar y hacer respetar a sus alumnos la línea indivisible que separa el dominio de la razón y el de la autoridad. El estudio bien entendido que había hecho de la ciencia de la religión le manifiesta cuáles eran los límites que la Providencia había impuesto a la inteligencia humana”⁵

Pero Mármol fue también uno de los mejores poetas de ese grupo de ilustrados-románticos sevillanos: autor de una obra fresca, ágil, de aliento popularista, especialmente en sus excelentes romances.

Los sucesos del 2 de mayo le sorprendieron en Cádiz y en Sanlúcar de Barrameda, en donde convalecía de una enfermedad. Las circunstancias le eximieron, pues, de tomar postura inmediata, pero, eso sí, algo más tarde sufriría los avatares y altibajos de la alternancia entre absolutismo y liberalismo del reinado de Fernando VII. Murió en 1840 y fue, sin duda, uno de los personajes de la época que más hizo en favor de la vida cultural de Sevilla.

4. J. Blanco White, *Autobiografía*, ed. cit., p. 35.

5. A. Lista, “ De la moderna escuela sevillana de literatura”, *Revista de Madrid*, I (1838), p. 10

- ALBERTO LISTA

La figura de Alberto Lista, por el contrario, se vio abocada desde el primer día al compromiso político. Trianero, dotadísimo para las lenguas clásicas y las matemáticas, inspirado poeta, gran teórico de la literatura, había en su personalidad una nota que campeaba sobre todos esos valores : su excepcional vocación docente, su condición de maestro y pedagogo. Lo fue de los primeros escritores románticos (Espronceda, Patricio de la Escosura...) en el colegio de la calle de San Mateo en Madrid, y de otros muchos alumnos en el gaditano de San Felipe Neri y en el sevillano de San Alberto... Profesor en la Sociedad Patriótica de Sevilla, Catedrático de Matemáticas y Rector de su Universidad, Director de la Academia de Buenas Letras..., se convirtió en un personaje angular de la vida cultural española de la primera mitad del siglo XIX. Y fue, además, el principal mentor poético de Gustavo Adolfo Bécquer.

Hombre de natural pacífico, prudente, comedido, con tendencia a sosegar y a equilibrar cualquier contienda, fue, en mi opinión, el intelectual sevillano que de manera más dramática padeció los avatares de la francesada en Sevilla. El 2 de mayo de 1808 le sorprende en nuestra ciudad, y aunque esperaba que la venida de Napoleón pudiese arreglar la nefasta política nacional y abrir las puertas a una España nueva, en un principio su comportamiento fue cauteloso, aunque en Sevilla las cosas se iban peligrosamente agitando. Ejemplo : el linchamiento popular del conde del Águila, acusado de afrancesado, por las turbas descontroladas. Tras la batalla de Bailén, Lista escribió una oda en elogio del ejército español. Pero en febrero de 1810, cuando José I entra en Sevilla agasajado por las autoridades civiles, militares y religiosas, don Alberto se coloca abiertamente a su servicio. Dirige la *Gaceta de Sevilla*, órgano de propaganda del invasor, a la par que dinamiza la vida cultural con importantes decisiones : inventaría el archivo de la Inquisición, alienta el mundo del teatro, se relaciona con la masonería... Cuando las tropas del mariscal Soult abandonan la ciudad en 1812, los colaboracionistas, Lista entre ellos, salen también, temerosos de las represalias. El largo peregrinar por los caminos de España junto al ejército francés en

retirada, en medio de los reproches y vejaciones de los lugareños, fue todo un calvario que don Alberto hubo de soportar con resignación :

“ ...aunque en la capital andaluza deja desamparada a su familia, que socorren sus amigos Castro, Fernando Blanco y fay Basilio García, mantiene el ánimo. Huye y pierde su pequeña fortuna, amasada con gran esfuerzo, pero se resigna y ,en las paradas de los caminos, se dedica a leer la *Historia de España* de Mariana. Además, a pesar del peligro, entre grandes molestias, va observando los planes de retirada de las tropas de Soult. Las vicisitudes del viaje constituyen un panorama desolador. A pie, cegado por el polvo y el sol del verano andaluz, le atormenta sobre todo el suplicio de la sed. La mayoría de los pozos, secos o envenenados por los naturales del país, no proporcionan la menor gota de agua durante días, hasta llegar a Granada, donde es acogido por el exaltado Joaquín Uriarte”⁶

Y de Granada a Valencia, donde estaba José I con otros muchos afrancesados procedentes de Madrid, entre ellos el dramaturgo Leandro Fernández de Morata y el poeta Juan Meléndez Valdés. Por fin, llegados a Francia, Lista permanecería en el país vecino hasta 1817, tras la caída de Napoleón. El gobierno francés le había concedido una pequeña pensión con la que sobrevivía dando también lecciones y afanado en la edición del libro *Examen de los delito de infidelidad a la patria...* de su paisano y amigo Félix José Reinoso, una autoexculpación de él mismo y de otros intelectuales que habían colaborado en Sevilla con los franceses. Cuando vuelve a España. Lista recibirá toda clase de incomprensiones por parte de aquellos que no le perdonaban esa colaboración..

En mi opinión, el afrancesamiento de Lista no obedeció nunca a apetencias crematísticas o de poder ni vanidad sino a razones culturales y sobre todo a su personalidad pacífica y poco

6 J. M. Gil González, *Vida y personalidad de Alberto Lista*, Ayuntamiento de Sevilla, 1994, p. 49.

combativa. Pero se vio sometido al mismo dilema de muchos de aquellos intelectuales españoles que les tocó vivir en tan dramática coyuntura histórica : Francia era para ellos un modelo cultural y un modelo político esperanzador. Y, por otra parte, tras el bando patriótico se escondía- como pronto se vio en el indigno comportamiento de Fernando VII- un marcado reaccionarismo que nada tenía que ver con el espíritu liberal que les animaba. La guerra, pues. les obligó a optar. Unos, como Jovellanos o Blanco White, lo hicieron por la causa nacional, aunque este último se desengañara de inmediato y se marchase al exilio en la temprana fecha de 1809. Otros, como Meléndez, Moratín y Lista, fueron arrastrados, como acabamos de ver, por la vorágine y se entregaron enteramente a la causa francesa.

- JOSÉ BLANCO WHITE

Quien mejor comprendió el trágico dilema de estos hombres fue precisamente Blanco, a quien la sublevación popular del 2 de mayo de 1808 le sorprendió en Madrid. Colaborando con la Junta Central, logró llegar a Sevilla. Aquí dirigió, junto con Manuel José Quintana e Isidoro de Antillón, el *Semanario Patriótico*, órgano oficial de la Junta que tenía la responsabilidad de la lucha contra Napoleón. Pronto se percataría, sin embargo, de que las expectativas de un régimen auténticamente liberal no eran posibles y tomó una decisión muy consecuente con esa convicción : sin esperar al desenlace de la guerra, abandonó sus tareas en la Junta y, lleno de escepticismo, se embarcó en Cádiz, camino de Inglaterra, el 23 de febrero de 1810. No volvería nunca a poner los pies en España, y su patria sevillana quedaría para siempre en el recuerdo. ¿Cómo enjuiciar esa opción personal, tan diferente a la de sus estrechísimos amigos sevillanos Lista, Arjona, Mármol, Reinoso y algunos otros que también vivieron aquellos mismos tiempos convulsos? ¿Fue la más difícil o tal vez la más fácil de todas? Los estudiosos de Blanco polemizan al respecto. Hay un bello poema de Fernando Ortiz que evoca la salida del barco que le conduciría a Inglaterra, con un verso muy emotivo puesto en boca de Blanco : “Amo la libertad, y mi amada no es fácil”. Se fue al exilio y sufrió, sin duda, la terrible secuela de

soledad y desarraigo que suele acompañar a quien por necesidad abandona su patria. Así lo deja traslucir en un soneto dedicado a Lista escrito en 1839, muy cerca ya de su muerte en Liverpool, lamentándose de lo extraño de su dicción española después de tantos años hablando y escribiendo en inglés :

“Quiero, mi amado Lista, antes que muera
mover los ecos de la lira hispana
con que encantamos nuestra edad temprana,
de la vida la aurora lisonjera.
Ella inspiró nuestra amistad sincera,
ella nos enlazó, de ella dimana
esta inmortal ternura que me afana,
este anhelar por ti, que no se altera.
Bien sé que mis acentos son extraños,
y que un clima severo ha enronquecido
la voz que te halagó con simple juego;
mas a despecho de pasados años
te dirá que es la mía, si no el oído
el corazón, que sentirá su fuego”⁷

Pero los que se quedaron aquí con el estigma de afrancesados tampoco vivieron en un lecho de rosas. El mismo Blanco lo vio muy bien en sus *Cartas de España* pidiendo comprensión para estos hombres, muchos de ellos animados por una rectitud de conciencia que los había conducido, sin embargo, al bando perdedor :

“ La disidencia es la principal característica de la libertad. Yo estoy tan decidido como el que más a prestar mi pobre ayuda a la causa española contra Francia pero me indigno ante la coacción que priva mis intenciones de toda personalidad y que, a consecuencia de nuestra costumbre secular de someternos implícitamente a todo lo establecido, obliga a cada hombre a entrar en la masa de tal manera que lo único que puede salvarlo es correr por su vida como el primero.

7 J. M Blanco White. *Obra poética completa*, ed. de A. Garnica Silva y J. Díaz García, Madrid, Visor, 1994, p. 391.

Quiero repetir que no necesito hacer la apología de mi conducta en tan trascendental ocasión. Mis sentimientos personales, que ciertamente pueden soportar un examen pero en los que no busco ningún mérito, me llevaron al lado más honorable de la cuestión. No obstante, quiero solicitar imparcialidad y benevolencia a favor de los que, a consecuencia de las opiniones que he referido más arriba, y en muchos casos con una intención más recta que la de muchos patriotas desenfrenados, se han opuesto a la guerra contra los franceses. El nombre de traidores con que han sido señalados indiscriminadamente tienen que apartarlos irremediabilmente de nuestro lado, y aun el temor de llegar demasiado tarde para que no sospechemos de ellos puede obligar a los que no han tenido la oportunidad o a los que la vigilancia del gobierno de Madrid les ha impedido juntarse con nosotros a que al fin hagan causa común con los franceses”⁸

Sirvan estas palabras de Blanco como testimonio de vida de esa generación de sevillanos cultos que con sus luces y con sus sombras y en un momento crítico de la historia de España, fueron zarandeados por la gran crisis que supuso la Guerra de la Independencia pero que al mismo tiempo demostraron grandes dotes e inquietudes intelectuales y prestaron a su ciudad impagable servicios. Una generación a caballo entre los siglos XVIII y XIX, hija del mejor espíritu de la Ilustración y abierta ya a los ideales del incipiente Romanticismo. Un grupo de clérigos de muy alto nivel cultural que supo ser fiel al legado del mejor humanismo de la Sevilla áurea trasvasando a los tiempos modernos el gusto por los saberes clásicos, la dignidad temática y el decoro verbal de su gran tradición poética. Sin duda su patria no les ha otorgado todavía, salvo muy contadas excepciones, el reconocimiento que merecen. La desatención y el olvido de sus mejores hijos siguen siendo, por desgracia, un proceder demasiado frecuente en esta hermosa ciudad de nuestros amores.

8. J. Blanco White, *Cartas de España*, ed. cit., p. 316.